

EL ESPÍRITU DEL VOLCÁN

Flor Romero

Aristides amaneció ese jueves enredado en las ramas de una ceiba añosa. Lo primero que escuchó fue un ruido lejano que lo sacó del sueño profundo en que se había dormido a las once de la noche. Pensó entonces que estaba en el otro mundo, puesto que no podía moverse y ni siquiera atinaba a despegar las pestañas entorchadas.

¿Pero dónde diablos será que estoy? –se esforzaba por responder. ¿En el cielo, en el infierno, o quizá esto sea el mismo purgatorio, y ese run run venga de arriba, de lo inalcanzable?

Comenzaba a clarear. La montaña se teñía de violetas, amarillos violentos y rojo escarlata, proyectando sobre el valle una luz rosada. *Estoy muerto – se recalcó. De eso no hay duda. Pero será que caí en el infierno y que ese ruido maldito es el de las pailas hirvientes de que hablaba el Padre Rodríguez, el curita llegado de La Plata que tanto nos hizo la guerra con su politiquería en el púlpito?. Ahora solo me falta que vengan a llevarme a rastras los peones del demonio para meterme en el líquido caliente.*

Quiso mover la pierna izquierda, pero no pudo. Un dolor de puñalada lo obligó a deponer su intento. Trató de sacudir la derecha y el recuerdo de una vieja fractura removida en el desastre lo atajó. Intentó gritar pero no podía abrir la boca. La tenía sellada con cieno.

El mugido de una vaca en la lejanía lo hizo entrar en dudas. Intentó precisar los últimos momentos de su vida, pero no arriscaba a ordenarlos. Al segundo mugido sentenció: *Debo estar pagando todo lo que hice en el perro mundo, las infidelidades con la gorda Magola, las traiciones a esa santa mujer que era Erisinda. Me deben estar ajustando además las cuentas de la herencia que no compartí equitativamente con mis hermanos, las cuentas ventajosas en el pago*

de la peonada, la ojeriza con el cura politiquero, el incendio que provoqué en el molino de arroz para que me indemnizaran de contado las instalaciones y los bultos de grano. Pero con todo y eso Señor, yo no merezco este castigo. Chuchito lindo, te lo prometo, voy a ser otro. Devuélveme a la tierra y verás qué modelo de Arístides Bastos vas a tener en Armero.

Empezó a despegar los párpados del ojo derecho cuanto se le metió la pupila la primera claridad. Hizo un esfuerzo, levantó la cabeza y echó una ojeada a su alrededor. Volvió a cerrar el ojo seguro de que eran visiones, esa desolación acumulada, los carros volcados, los cadáveres engarzados en horquetas, los cuerpos tendidos semi-cubiertos por el lodo, las manos volantes, las cosechadoras desbaratadas, los colchones con los intestinos afuera, los discos retorcidos, los trajes flotantes, los retratos desparramados, esos libros abiertos, esos brazos rígidos. Se le entraron quejidos a los oídos taponados de lodo se le entraron quejidos, gritos, voces de auxilio. Y siguió convencido de que estaba muerto y que el panorama que lo rodeaba era el del fin del mundo.

lñigo Puertas revoloteaba con su pequeño zancudo de fumigación, queriendo comprender lo que no conseguía plasmar en una frase para reportar a la torre de control de Mariquita. *No veo nada, pero si veo...un playón inmenso, algo así como un limpio en mitad del valle de Armero.* Había madrugado para cumplir el contrato de fumigación del sembrado de sorgo de John Cujas, pero las referencias se le perdieron tan pronto remontó el cerro. Se olvidó del sembrado, y como una veleta comenzó a girar sobre el valle pasando a escasos centímetros de la copa de las ceibas tratando de encontrar una respuesta al desfase de la ciudad.

En una de esas embestidas, rastreando la carretera, Aristides Bastos divisó los resplandores de la aurora, y sin saber aún donde estaba, presionaba la

memoria para que le devolviera el recuerdo de los últimos momentos antes de dormirse. La luminosidad le proyectó entonces la imagen de la noche fosforescente en la colina. Un colorido rojizo de rechinante sol de los venados , incendiando ese retazo de cielo sobre la noche oscura. Aún le rastillaba el

lastimero aullido del perro Cuscús en sus oídos. Porque ahora lo comenzaba a puntualizar, serían las diez pasaditas cuando la mujer comenzó a afanarlo: *Mijo. Vámonos. No oye la algarabía de los gallos? Estas no son horas de cantar?* Fastidiado con los afanes de Erisinda, de mala gana le dijo: *Alístese pues y lleve las niñas. Yo ya les llevo a la esquina.* Se entretuvo dándole palmaditas en el lomo al perro para tranquilizarlo, y luego, ya en la puerta, se devolvió para sacar de la casa a la anciana enferma que había alojado esa mañana por encargo de los primos.

Erisinda y las dos niñas lo esperaban a cincuenta pasos. Sujetaba la aldaba de la puerta cuando alzó los ojos y vio el cielo teñido de arboles rojos y anaranjados. *Qué raro –se dijo. La noche iluminada en lo alto y a lo lejos en el llano otra llamarada, un tanque de la estación de gasolina como antorcha vigilante.*

Despierte doña Nicolasa, vengo por usted. La voy a llevar con nosotros. Tenemos que irnos ya –le gritaba desgañándose desde el portalón. Pero la oleada que le embestía como una víbora, no les dio tiempo de nada. Cuscús aullaba desesperado. Se aferró a una puerta que pasó y tal vez lo único que vio a la luz del volcán, fue a su compadre Baldomero Marín, montado en el lomo de un cerdo, aferrado a las orejas del animal.

Un escuadrón de garzas blancas sobrevoló la ceiba donde amaneció Arístides y fue a posarse en la copa. Las vio agarrarse con los dedos rosados a las ramas enlodadas. Hizo conciencia en ese momento de que estaba en la tierra sin alcanzar a determinar el sitio. Un lamento profundo le rasgó el corazón.

Quiso bajar poco a poco, pero cuando intentó posar el pié en tierra, no pudo soltarse de la horqueta porque la pierna se le consumió hasta la rodilla.

Las garzas se espantaron ante el revoloteo del zancudo metálico de Iñigo.

Arístides se fabricó la falsa ilusión de que lo verían para rescatarlo. Batió la mano derecha hasta el cansancio. Se examinó las quemaduras que le cubrían el cuerpo. Aspiró el olor a azufre y tanteando con los pies, logró por fin encontrar un punto de apoyo. Y ahí permaneció con el pie derecho sembrado sobre el cadáver de una mujer y el otro en las espaldas de un policía. Tuvo entonces tiempo para recordar cómo había ocurrido todo el día anterior, pero sobretudo desde el momento en que la anciana que alojaron en casa, intentó correr y no pudo cuando él quiso ponerla fuera de peligro. Erisinda y las niñas le gritaban angustiadas: *Apúrese Arístides que la lluvia arrecia. Esto tiene cada de desastre y usted bregando con la pobre Incolaza que tiene gota y no puede caminar.*

Ese miércoles trece, Erisinda había amanecido con dolor en el hombro derecho. *Es la bendita bursitis, Aristides,* - dijo mientras le servía la cotidiana taza de café humeante, a eso de las seis de la mañana. El hombre sorbió el café cerrero y comentó: *en el billar vimos ayer el mapa de riesgos sísmicos que nos mostró el alcalde. Según eso, miya, si el volcán resuelve sacudirse como en el siglo pasado, Armero quedará borrada del mapa. De razón que el alcalde joda tanto con su cantaleta de que debemos tomar en serio lo de las fumarolas y trastearnos aunque sea provisionalmente a un pueblo menos peligroso.*

- *Ay mijo, pero si desde hace más de un año estamos sintiendo temblar la tierra y ya vemos como una quema las fumarolas del volcán.*
- *El señor alcalde insiste en que nos estamos descuidando demasiado, y sus razones tendrá. Lo que ocurre es que el gobernador no le quiere.*
- *poner atención, porque entonces se crearía el pánico entre la población, y eso no le conviene al gobierno.*
- *O sea que al pobre lo están tratando de alarmista.*
- *Ni más, ni menos, Erisinda. Además, el tal mapa de riesgos lo muestran con mucha cautela, porque ya los hacendados dicen que es una jugada para desvalorizarles las tierras.*
- *Convengamos en que ninguna cara buena tiene la fumarola constante, ni esos olores azufrados. Hasta la nieve se puso ya amarillenta.*

- *Es que hija, si se llega a derretir el casquete de nieve de nieve del Ruiz, nos jodemos sin remedio. Eso téngalo por seguro. Pero lo que no se sabe a ciencia cierta, es cuándo tendremos que salir corriendo.*
- *Ni lo permita Dios – dijo santiguándose la mujer.*
- *Dizque tendremos que aprender a vivir con la naturaleza arisca, le oí gritar a un dicharachero.*

Esa mañana, el agrónomo se fue a recorrer en el campero los cultivos de sorgo de la hacienda *El Santuario* para ver si tenían plagas. La cosecha pintaba abundante. Desconfiado miraba el cono del volcán que había amanecido con la fumarola empinada varios metros y ennegrecida por el vapor. En las hojitas de la plantación había creído advertir un velo ceniciento. Se enjugó el sudor de la frente con el pañuelo rabo de gallo que se ataba al cuello, arrugó el ceño y se echó la bendición.

A pesar del brazo adolorido por la bursitis que no la dejaba descansar, Erisinda había preparado un sancocho de gallina como a su marido le gustaba: con plátano verde y yuca algodonosa. Organizó un reogo con cebolla de rabo largo con tomate y comino, puso a enfriar en la nevera un jugo de guanábana, y se sentó a esperarlo en la silla tejida.

- *Los amigos agrónomos nos invitan esta noche a ver el partido de fútbol en la televisión del Club Campestre. Dizque van todos con sus mujeres. Yo les dije que tú andabas achacada con la bursitis y que quizá nos quedaríamos en casa.*

- *Ay, Aristides, la verdad es que me voy a someter a las infiltraciones que me recetó el médico del Hospital San Lorenzo, porque el martirio no es poco.*
- *Y con ese sofoco, peor.*
- *Siquiera no soy yo sola, mijo, la que siente que no se aguanta el calor. Es más de lo normal. Como de verdadero infierno.*
- *Y está cayendo ceniza.*
- *Algo raro está ocurriendo. Como si lloviera basura. La vecina Dorotea, no me quería creer, pero yo le rogué que extendiera la palma de la mano*

y le cayó arena menudita. Son arenas especiales. Pican como mosquitos y se meten en los ojos.

- *¿No serán exageraciones, eso de los picotazos, Erisinda?*
- *Nada eso mijo, si ya el jardín está cubierto! Las gardenias se empañaron, los malabares están sucio y las azucenas se marchitaron.*

Al rato sintieron otro temblor. La chorola de la jaula del patio, junto al mango, cantó espantada y Aristides invocó a Santa Bárbara. Erisinda salió corriendo y le cayó justo sobre el hombro adolorido, una piedra pómez caliente.

- *Está lloviendo piedra del cielo –gritó.*
- *Ay ¡Erisinda y sus cosas! Primero que lluvia de arena y ahora la piedra.*

Unos golpes apresurados se escucharon en la puerta vercosa de la entrada..Las hijas Saturia y Milagros regresaban afanadas de la escuela. La temperatura había subido a tal punto que la maestra resolvió decirles: *Por hoy terminamos. Para mañana me traen como tarea un dibujo del volcán cónico de (Cumanday) El Ruiz y el recuento de los treinta volcanes que hay*

en Colombia, más un diseño del Parque de los Nevados. Sobretudo bien detallada la historia de las erupciones del volcán del Ruiz comenzando por la de mil quinientos noventa y cinco, y narrando los recuerdos que se les hayan quedado sobre aquella erupción de las siete de la mañana en mil ochocientos cuarenta y cinco, cuyas cenizas llegaron hasta Panamá.

Saturia amaba a Judith su maestra. Era tan tierna, tan juiciosa, tan paciente, que el afecto había alcanzado a su marido, también maestro, destacado, en la escuela de niños. Judith era como su segunda madre. Confiaba en ella y por eso miraba con angustia todas las mañanas el nevado, pensando en eso que les venía repitiendo desde hacía de seis meses: *La tierra tiene su lenguaje y una de las maneras de expresarse es mediante ruidos o signos. De manera que esa fumarola que vemos desde hace muchos días, no es gratuita. El león del Ruiz por tantos años dormido, se está*

despertando. Hay que tener mucho cuidado, porque en el siglo pasado hizo desastres.

La niña se botó en brazos de Erisinda y no quiso almorzar.

- *Qué almuerzo ni qué ocho cuartos, mamá. Prefiero a listar mis cosas, porque según mi maestra, es mejor que esta noche durmamos en el cerro, o en Mariquita, en Ibagué, en la porra, menos acá.*
- *Niña, por qué se afana tanto si el señor cura dice que hay que tener tranquilidad, que no va a pasar nada*
- *Aténgase a la Virgen y no corra, madre.*
- *¿Le cree más a Judith que a mí?.*
- *Ella sabe lo que dice, mamá. Voy a alistar mis cosas.*

Erisinda se dirigió a la cocina, pensando como todos los días, en servir el almuerzo a su marido y Saturia se comunicó con la tía Carmenza en Mariquita.

- *Tengo miedo, tía.*
- *Nada va a pasar.*
- *¿Viste la ceniza? La maestra Judith nos soltó ya. Ella está inquieta.*
- *Agustín, mi marido, tampoco cree en nada. La prueba es que ya se fue para la finca y cuando le comenté lo de la ceniza que recogí en un periódico, ni siquiera se tomó el trabajo de mirarla. Después le quise hacer tocar la arena que recogí por totumadas, pero todo lo que me respondió fue: ¿Cómo se te ocurre que llueva ceniza del cielo. Ni que la bóveda fuera un horno. ¿Estas loca Carmencita?. Eso te pasa por estar con esas malas compañías de las gentes que hacen espiritismo y que invocan el alma de los muertos. Algo se te prendió. ¿Que las rosas de porcelana están llenas de arena caída de las nubes?...pura fantasía.*
- *Te estoy llamando, tía, porque mamacita duda a ratos de lo que estamos sintiendo.*

A medio descuido de Erisinda, cada cuarto de hora Saturia llamaba a la tía Carmenza a Mariquita, para hacerla partícipe del aumento del miedo y la comunicación se mantuvo hasta que se produjo el apagón y se interrumpió la línea. La emisora *Hondas del Gualí* también enmudeció.

Milagros, la menor oraba mentalmente, encomendándose a todos los santos, pero sobretodo a la Virgen de Chiquinquirá, calentando en la mano la medalla de oro con su efigie, que portaba en el cuello.

Los universitarios de la pensión vecina, de paso por Armero, estuvieron atareados secando con toallas el agua que se les filtraba por las rendijas de la puerta.

- 
- *Este aguacero torrencial –dijo Gerardo el más joven- parece no acabar nunca. Es como si el cielo se hubiera desfondado.*

Y con los tres compañeros se dedicó a contrarrestar la inundación. Estaban tan cansados del viaje desde Medellín, que solo pensaban en no dejársela ganar del agua para poder dormir tranquilos después de diez horas de viaje en campero.

Más arriba, la familia de Abundino Abello se apeñuscaba tratando de dormir. El bebé de dos meses se calentaba bajo el brazo de la madre y pegado a la teta de la madre se quedó profundamente dormido. No estaba bautizado aún, pero Edna, su madre, pensaba llamarlo Diógenes. Marcela, la mayor, estaba en el mismo curso de la pequeña Saturia y también había seguido al pie de la letra las instrucciones de la maestra Judith. Empacó las tres faldas de zaraza, una muñeca de trapo vieja, y dos trebejos más que guardaba dentro de una cajita de lata para el caso de que tuviera que correr hacia el Cerro de La Cruz. Su hermano Federico, en cambio, permanecía como anestesiado, esperando que pasara lo que tuviera que pasar. Sin embargo, por prudencia hizo un atado con los últimos bluyines que su padre le había comprado en Honda, como premio por haberse ganado el concurso de trajes típicos de la escuela.

La barremonte se lo llevó todo – recordó clarito Aristides mientras seguía haciendo esfuerzos inútiles por llamar la atención de los helicópteros que trasegaban el aire recogiendo heridos, izándolos en el espacio como espigas de maíz.

No había tiempo para rescatar los cadáveres. Eran tantos que perdió la cuenta. Alcanzó a anotar en la memoria una lista de dos mil, pero luego, cuando hizo conciencia de que sobrevivía gracias a que estaba parado sobre los cadáveres de esa mujer morena y el policía fornido, sospechó los millares de cuerpos cubiertos por la avalancha de lodo, sorprendidos dentro de las casas como quizá esos estudiantes que vio tratando de enjugar con toallas el agua que escurría a borbotones. Como la anciana Incolaza que no había podido dar paso.

No quiso asociar a Erisinda y a las hijas a la mortandad, porque esperaba que estuvieran refundidas entre los centenares de cuerpos que se proyectaba en el aire caliente de ese jueves apocalíptico

En la memoria le daban volteretas las llantas de los buses, los automóviles y las motocicletas girando veloces, llevándose cuerpos, aplastando animales, en carrera desesperada por alcanzar el plan hacia Mariquita o las lomas vecinas a donde esa avalancha tenebrosa que desbrozaba todo al paso, lo los alcanzara. Tenía la impresión de que el barro le hacía eco a los pitos de los automóviles y que la lora de las monjitas del Hospital San Lorenzo seguía gritando: *visto de verde; a llover se dijo; perra vida; ¿quiere cacao?*

Las gentes de los suburbios habían sido las más favorecidas. Como Abundino y Edna, alcanzaron a llegar al Cerro de La Cruz y desde allí sus ojos brillantados no podían abarcar lo espantoso del siniestro. La mujer sintió durante cuarenta y ocho horas la paliza del corazón. Estaba viva de milagro, pues testaruda insistía en devolverse a recoger los billetes de la venta del día, bien guardados dentro de la caja de galletas. Fue necesario que Abundino la sujetara fuerte para que no se descolgara a rebuscar los centavos, entre las

oleadas de lodo de tres temperaturas. Le zumbaba ese ruido sobrenatural, ese estrépito de tren descarrilado que la acompañaría por el resto de sus días.

Aristides alcanzó a divisar la compañera de estudios de Saturia, la vivaracha Omayra Sánchez debatiéndose en un pozo de agua salpicado de almendras de café, esperando confiada y paciente a que la rescataran. Estaba atrapada entre dos paredes. Movía los brazos, pero las piernas estaban dentro de una formaleta. *Quiero vivir*, musitaba con los ojazos negros como tizones ardientes en la noche del desastre.

Ya estaba oscureciendo cuando sintió caer sobre su cabeza la chipa de una cuerda que le lanzaban desde el helicóptero de Iñigo. Se aferró a la punta.

Arístides estaba desnudo, descalzo y cubierto de lodo hasta la punta de las pestañas entorchadas. Desde entonces comenzó el vagabundaje, preguntando a los socorristas, por su Erisinda, por su Saturia, y su Milagros. Pero nadie las había visto pasar. Por los diarios se enteró de que el corazón de la pequeña Omayra se había cansado de esperar el rescate y dejó de latir una mañana. Dijeron que su mirada brillante y aletargada recorría el mundo en la lenta de los fotógrafos del desastre.

Estuvo en Mariquita indagando con la tía Carmenza, pero todo lo que ella le pudo decir fue que el Río Lagunilla se había llevado también a su marido Agustín y le mostró el pedrón blanco que alcanzó a arrastrar la avalancha destrozando el puente y llevándose la casita de la orilla.

- *Alcancé a hablar con la niña hasta el apagón* –musitó con el rostro bañado en lágrimas.

Arístides se dirigió hacia Honda en un bus de la flota Magdalena. Se asomó al Río Gualí para ver si había depositado a su mujer y a sus hijas en alguna orilla, pero todo lo que alcanzó a divisar, fueron edificios desvencijados. Parecía una ciudad después de un bombardeo. La desolación le fue aumentando a medida que contemplaba las casas ladeadas, agitando las manos por las ventanas en

un adiós inexorable y lento. Las paredes parecían rajadas de soledad. Los pisos agrietados de abandono. Tres jóvenes optimistas, trataban de subir cemento en balde para instalar una columna de sustento al edificio en donde Parmenio su hermano tenía instalado el almacén agropecuario.

En los ojos del hermano había relámpagos de zozobra. Regresó a Ibagué, investigó con los refugios de los damnificados, pero nadie supo darle razón de su mujer y las hijas.

Ocho meses después, en los barrios nuevos en donde comenzaron a asentarse los sonámbulos del desastre armeruno, encontró a Marcela, la compañera de escuela de Saturia. Poco quería hablar; apenas repetía como una tarabita que ninguna de sus amiguitas había sobrevivido a la noche de la avalancha, cuando el nevado fundió una esquina de su casquete diamantino y lo volvió cuchilla segadora de vidas, aplanadora que niveló el valle en ese playón gris, en losa de cemento que cubrió el poblado.

- *Papá también anda buscando a su gente. ¿Quién sabe en qué mercado andarán mis abuelitos?*

Dentro de Arístides comenzó a revivir la llamita de la esperanza como el valle retoñó maticas amarillas de arroz tierno tan pronto llegaron las primeras lluvias decembrinas. El cementerio se cubrió de motas marfilinas, Las ceibas con los troncos chamuscados, brotaron cabellos blancuzcos. Las garzas blancas volvieron a posarse sobre los arrozales, los zopilotes siguieron haciendo remolinos en el cielo azul oteando las carroñas que desenterraban los aguaceros.

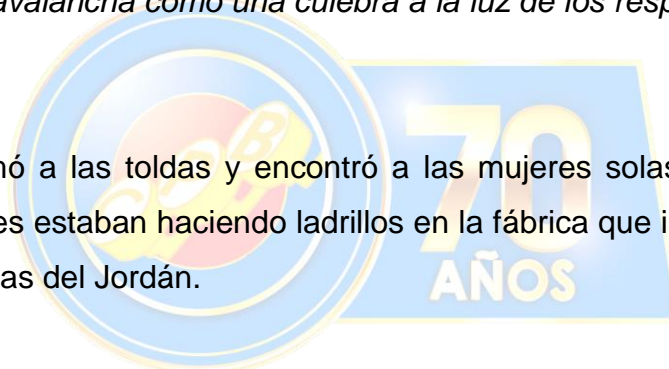
Entre las familias nómadas acomodadas en las toldas de Guayabal y Puerto Bogotá no encontró el agrónomo sonámbulo ni a Erisinda su mujer, ni a los colegas del equipo de fútbol. Allí están las gentes de la loma ensayando instalar nuevamente la tiendita como lo intentan Abundino y Edna. Lo primero que colocaron fue la cerveza y las gaseosas para calmar la sed. De los

escombros rescataron la nevera y la estufa. Un sol quemante cae a plomo y el ambiente reverbera.

Menos mal que Abundino no me dejó volver por el dinero. Llevaba en los brazos el niño de dos meses. La verdad era que como los de la emisora nos decían que no tuviéramos miedo y tocaban música vallenata, yo me desentendía de las advertencias del alcalde. Además, el curita dijo misa como

si tal y nos bendijo a todos. Después arrancó para Ibagué. Acurrucados pasamos la noche. Marcela no se me soltaba de la falda. Todavía me parece ver en sueños la avalancha como una culebra a la luz de los resplandores de la noche de oro.

Arístides se asomó a las toldas y encontró a las mujeres solas cuidando los niños. Los hombres estaban haciendo ladrillos en la fábrica que instaló un judío llegado de las orillas del Jordán.



La más joven del grupo, una morena guapa de ojos profundos y cabellos encarbonados, le recordó a Erisinda. Arrullaba un bebé desnudo. *Así era ella cuando tenía dieciocho años*, -dijo mirándola intensamente.

- *No se angustie más* –lo consoló. *De ponto aparece. Hay tantas mujeres solas, por ahí, buscando a sus hombres..*
- *¿No la ha oído mentar?* –preguntó insistente. *Se llama Erisinda. Se parece a usted, pero mayorcita; es tierna y hacendosa.*

En los ojos de la mujer se adivinaba la misma pincelada de tristeza que esconden las pupilas cafés de Arístides. Un cerco ceniciento orla sus párpados.

El vagabundo dio media vuelta. Dijo que se dirigía a Bogotá, a ver si encontraba alguna pista de su amada Erisinda, pero se equivocó de dirección y en vez de tomar el bus hacia la capital, se embarco en una flota Magdalena con destino a Lérida.

Bajó en la plaza silenciosa. Se sentó en uno de los taburetes de cuero del café a mirar las mujeres y las niñas que pasaban. Algunos armerunos lo reconocieron.

- *Don Aristides* –le gritaban. *Debe estar muy contento de estar vivo.*
- *Ujum* –fue todo lo que articuló. Se aplastó el sombrero jipa sobre la cabeza empolvada y siguió caminando por las calles empedradas hacia los pueblos nuevos en donde se acomodaban los sobrevivientes.

Dos comadres cuarentonas comentaban la maldición del Padre Rodríguez:

-Dicen que maldijo el pueblo la noche del castigo, por politiquero.

- *Solo nos faltaba eso. Que encima de que el volcán se enfurece de tiempo en tiempo, los curas nos hundieran también. Por ahí andan diciendo que antes de Jesucristo y el volcanejo había hecho de las suyas.*

Una mujer esbelta se mecía en la puerta de la sala. Otras tendían ropas blancas en secadores improvisados. Un gallo fino bregaba por zafarse de la cabuya que lo ataba a un estantillo.

- *Una Colombiana, por favor* –dijo, y levantó los ojos hacia el cerro lejano. Un sol de hoja de oro lo encegució. Colocó la mano derecha sobre la frente para poder mirar el horizonte y tuvo que cerrar nuevamente los ojos porque esta vez la maldita fumarola le empañó la vista. *Está vivito, respirando despiertico* – dijo en voz alta.

-¿Quien, don Arístides? -lo interrogó un policía joven.

- ¿Quien va a ser? Pues él, mírenlo. El espíritu del volcán.

Se bebió la gaseosa a pico de botella, de un jalón. El calor hacía asesar al gallo fino. Bajó al río, se arremangó hasta la rodilla los pantalones de dril caqui y metió los pies en el agua hasta la rodilla.

Tres mujeres se bañaban sumergidas en la corriente, apenas cubiertas por una combinación de algodón que se pegaba a los cuerpos esculturales. Clavó la mirada en la hendidura de la columna vertebral de la más alta y reconoció la espalda de Erisinda con el lunar negro en la paleta derecha.

Por un instante volvió a dudar de su ubicación. No acertaba a precisar en dónde se encontraba. Como en el amanecer del desastre volvió a preguntarse si estaría vivo. *¿Será esto el cielo, el purgatorio o quizá el paraíso, porque? Allí está ella. ¿O lo que veo es un maldito espejismo?*

Recogió agua en el cuenco de la mano derecha y se roseó el rostro. Necesitaba despertar. Saber si de veras estaba vivo.

Luego permaneció quieto, miedoso de que se le extraviara la visión de ese cuerpo amado. *El agua se la llevó, el río me la trajo* – musitó y se puso a chapalear como un niño desesperado.

¡Erisinda! –gritó abalanzándose sobre la mujer quien también creía estar viendo espejismos.

-¿Túuuuu?

- Sí, soy yo, tu Aristides.

Se fundieron en un abrazo resbaloso. El río estrellaba sus aguas azulosas contra las piedras caratosas de la orilla. Una bandada de garzas blancas llegó a posarse en el arrozal vecino.

Volvimos a nacer –dijo ella.

París, 13/10/ 1986

Publicado en la Revista Caravelle de la Universidad de Toulouse, Francia.